REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

PAISAJES CONQUENSES EN MI MEMORIA

Discurso de ingreso del
ILMO. SR. DON JOAQUÍN SAÚL GARCÍA MARCHANTE

en la Real Academia Conquense de Artes y Letras,
leído en Cuenca el 18 de abril de 2013

y contestación a cargo del
ILMO. SR. DON PEDRO MIGUEL IBÁÑEZ MARTINEZ

CUENCA
2013

DISCURSOS ACADÉMICOS / 15

REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

PAISAJES CONQUENSES EN MI MEMORIA

Discurso de ingreso del
ILMO. SR. DON JOAQUÍN SAÚL GARCÍA MARCHANTE

en la Real Academia Conquense de Artes y Letras,
leído en Cuenca el 18 de abril de 2013

y contestación a cargo del
ILMO. SR. DON PEDRO MIGUEL IBÁÑEZ MARTINEZ

CUENCA
2013

REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS
Centro Cultural Aguirre
Calle Aguirre, 2
16002 Cuenca

Serie: DISCURSOS ACADÉMICOS, núm. 15

Depósito Legal: CU-65-2013

Imprime: Gráficas Cuenca, S.A.
Avda. Juan Carlos I, 34

DISCURSO DE INGRESO DEL
ILMO. SR.
DON JOAQUÍN SAÚL GARCÍA MARCHANTE

Ilustrísimo señor director de la Real Academia Conquense de Artes y Letras, ilustrísimos señores académicos, autoridades, familiares y amigos, señoras y señores:

Agradezco a los señores académicos, D. José Luis Calero, D. Pedro Miguel Ibáñez y D. Miguel Jimenez Monteserín, su iniciativa para presentar ante la directiva de la Real Academia Conquense de Artes y Letras, la propuesta de mi nombramiento como miembro de número de esta Institución, así como al resto de los académicos que tomaron acuerdo de la aprobación, por mayoría.

Un agradecimiento más personal a Pedro Miguel Ibañez, por acceder a mi solicitud de que fuera él quien hiciera la réplica a mi discurso, lo que sin duda le ha abstraído de sus trabajos y le ha quitado tiempo.

Quiero manifestar mi especial satisfacción por la sensibilidad que la Academia pone de relieve al acordar el ingreso en su seno, de un representante de la ciencia geográfica, tan antigua como la presencia del hombre en la tierra y ciencia del territorio.

Es por tanto, otro motivo de agradecimiento a la Academia y en este caso creo expresar el sentir de tantos geógrafos que se ven reconocidos, por una institución que aprecia los valores de las ciencias humanas en la cultura.

Me esforzaré por colaborar activamente en las actividades que la Academia programe y en aquellas iniciativas en las que se considere útil mi presencia.

Aprovecho para hacer un reconocimiento público de Rafael Alfaro, a quien sustituyo en el sillón “F” y dejo aquí mi compromiso de no defraudar su figura, no de su gran valía poética y periodística, sino de saber estar como académico numerario.

A la directiva, en la persona de su director, D, José Ángel García y el resto de sus miembros les manifiesto mi apoyo, mi colaboración sincera y mi lealtad.

PAISAJES CONQUENSES EN MI MEMORIA

Presento hoy ante ustedes un recorrido reflexivo por el territorio conquense, resultado de mi experiencia a lo largo de los años de ejercicio como profesor de Geografía y como investigador de los hechos geográficos más vinculados a las actividades humanas. Recientemente, Martínez de Pisón ha escrito que "La Geografía es la ciencia de observar y leer la tierra por contacto directo. Leer el corazón del hombre plasmado en paisajes, en el viejo campo, en la ciudad hecha de ideas y en los escenarios solitarios de la naturaleza…" (M. de Pisón, 2009:15).

He circunscrito este itinerario al espacio provincial de Cuenca, por ser el marco geográfico que más he trabajado y referenciado en mi experiencia académica e investigadora por el territorio regional como un factor ineludible en los trabajos de Geografía. La necesaria interrelación es razón principal en la cohesión de los territorios, con independencia de las estructuras administrativas.

El orden de mi recorrido, es fruto del conocimiento del territorio, adquirido con el paso del tiempo, desde mi niñez hasta estos momentos que me acercan a la edad de la jubilación, teniendo también en cuenta, al repasar entre mis recuerdos y sensaciones, el repetido rodar de los meses del año en mis paisajes, " …y verás cuánto están hechos de aquella rueda de fríos, colores, labores, nubes, vientos" (M de Pisón, 2009:23), mis idas y venidas a Cuenca desde El Provencio en tiempos de estudiante de bachillerato y años más tarde, al fijar mi residencia en la capital para desempeñar la labor de profesor de Geografía. Escribe Martínez de Pisón que "No hay otro modo de mirar a los paisajes que a través de la experiencia en el ir y volver, el repetirse del mundo" (M de Pisón, 2009:23).

Mi percepción fue cambiando con el paso del tiempo. He vuelto a descubrir paisajes ya conocidos tiempo atrás y han sido las circunstancias intrínsecas las que lo han propiciado, acompañadas de nuevos enfoques sobre los elementos conformadores de ese conjunto, o sencillamente, por el cambio de punto de vista de la observación que modifica la percepción, como es la de la ciudad de Cuenca que siempre sorprende por sus formas edificadas, las rocas, los colores, las piedras de sus muros o sus esquinas…

En definitiva, no existen normas establecidas para la captación plena de las características de un paisaje, su atractivo se va descubriendo a medida que se analiza con más detalle la relación entre los elementos que lo conforman, tanto abióticos, como bióticos, haciéndose más rico su conocimiento, cuantos más aspectos se tengan en cuenta en su análisis, sin olvidar que el estado anímico del observador, en un momento concreto, puede también condicionar la opinión sobre lo observado.

Los aspectos asociados a la presencia del hombre en el territorio, están impregnados por todo un acervo cultural procedente de su ocupación por grupos humanos desde tiempo inmemorial, en evolución y transmitido generación tras generación. El reconocimiento de esta diversidad ha llevado a la diferenciación de unos tipos de paisaje que desde el año 2000 están protegidos según la Convención Europea del Paisaje celebrada en Florencia, fundamentada en la protección del medioambiente y en un desarrollo territorial sostenible y equilibrado.

Al observar un paisaje se lee la historia de un lugar, las relaciones entre sus componentes físicos y humanos y, los fundamentos culturales. Por cerrar el círculo, el paisaje es el centro del sistema de preservación, resolución final del estudio pormenorizado de todos aquellos elementos que intervienen en su conformación y a los que hemos llamado, aspectos geográficos (Iranzo, 2009:95).

En nuestra provincia, históricamente se ha convenido plantear su delimitación natural, con una síntesis muy práctica de los territorios que la conforman. Así**,** La Alcarria, La Sierra y La Mancha son las tres comarcas naturales sobre las que se apoyan todas las descripciones territoriales, paisajísticas o no, de la provincia. No obstante, con el paso del tiempo y de la observación y análisis de ese amplio y variado territorio, hemos deducido que se pueden abstraer, nuevos espacios con personalidad geográfica y entidad comarcal. Tal es el caso de La Manchuela**,** territorio claramente definido en términos geográficos que ceñido por los ríos Júcar y Cabriel, se funde al norte con las tierras serranas y por el sur enlaza suavemente en La Mancha por la rampa de los ochocientos metros. Pero no solo son distintivos los rasgos fisiográficos, también lo son las huellas que la presencia del hombre deja en el territorio, como los usos del suelo en la economía agraria, las actividades humanas, su patrimonio, su historia y en definitiva, sus gentes.

Otras tierras provinciales, al ser analizadas con los parámetros geográficos, evidencian cierta ambigüedad sobre la comarca de las tradicionales a la que pertenecen. En Geografía hemos llamado a estos espacios, tierras de transición, que obligan al viajero a reflexionar sobre un cambio de paisaje, pausado y perceptible, que desembocará en un nuevo horizonte. Es el caso de las tierras próximas al histórico Camino Real de Madrid a Valencia, desde Tarancón hasta Alarcón, y por el sur hasta Belmonte. El río Záncara, en su trazado de norte a sur, las divide en dos, configurando en su margen derecha la fracción vinculada a las Tierras de la Orden de Santiago y en su margen izquierda, la denominada Tierras de Alarcón. Los términos históricos adscritos a cada una de estas porciones de tierras provinciales, son muy evidentes, en un caso por su histórica pertenencia al Priorato de Uclés, casa madre de la orden militar y con referencias toponímicas en los núcleos de población, y en el segundo caso, se trataría del reconocimiento a la presencia en época medieval del Marquesado de Villena en el territorio.

¿Qué relación puede tener lo dicho hasta aquí, respecto a la geografía provincial y sus paisajes? Es la evidencia de una larga etapa de estudios de Geografía sobre el territorio conquense. En este curso, precisamente se cumple el cuarenta aniversario de sus inicios en el Colegio Universitario Gil de Albornoz. Junto con nuevas incorporaciones ya en la UCLM y las de aquellos que desde universidades próximas, Complutense, Autónoma de Madrid, Alcalá y Valencia, también han trabajado sobre diversos aspectos geográficos de la provincia de Cuenca, hemos ido acumulando un conjunto de estudios al respecto que son un bagaje importante para fijar conceptos, respaldados además, por una intensa labor de trabajo de campo, ya acompañando a los alumnos o bien deambulando por esos caminos de la provincia donde hemos encontrado rincones verdaderamente sorprendentes.

Para establecer estos criterios que no son dogmáticos, se han revisado los escritos realizados hasta entonces, por personas que desde el mundo de las ciencias naturales, de las artes, de la historia, de la literatura, de la propia Geografía, de los viajeros, del periodismo, se han fijado en estas tierras, ya sea por curiosidad científica, por interés profesional o por el desarrollo de sus labores docentes. Ellos fueron los pioneros en los estudios de nuestro paisaje, con método o sin él, con intención o por casualidad, pero siempre, aportando

sus conocimientos, sus hallazgos y sus textos llenos de sorpresa y admiración ante la contemplación de un lienzo de pared dolomítica con tonos dorados, ante una insólita cascada que se derramaba entre las sargas o al contemplar la ciudad de Cuenca desde cualquier mirador anónimo.

No obstante, antes de afrontar el relato de los escenarios elegidos de entre tantos posibles de las tierras que conforman la provincia de Cuenca, hemos estimado apropiado seleccionar una cita de la obra que considero como origen en los estudios generales sobre la provincia, se trata de la "Descripción física, geológica y agronómica de la provincia de Cuenca" encargada a don Daniel de Cortazar, ingeniero de minas y miembro de la Sociedad Geológica de Francia, para las *Memorias de la Comisión del Mapa Geológico de España*, en 1875. En el Prólogo dice así*"…si en una comarca se hacen estudios geológico-industriales, es decir, si se trata de investigar la relación que las condiciones y la composición del suelo y del subsuelo tienen con la riqueza mineral, o con las mejoras que pueden introducirse en el cultivo agrícola y forestal, los resultados han de ser de suma importancia y trascendencia"*.

Considerando la recomendación de Cortázar sobre la importancia de los estudios geológicos aplicados, en un tiempo y en una provincia como la de Cuenca, nuestra intención es continuar analizando los elementos que conforman sus paisajes y que aisladamente quedarían en una mera descripción, pero que interpretados desde la interrelación en su conjunto, nos conduce a su comprensión.

LOS TERRITORIOS VIVIDOS

La llanura manchega

El Provencio, es mi lugar de origen, allí vine al mundo en un tórrido verano a finales de la década de los cuarenta. Siempre me ha parecido que El Provencio era un pueblo con gran personalidad y que esta tenía su origen en su fundación (año de 1354) por el infante don Juan Manuel, Marqués de Villena, que escogió estratégicamente un emplazamiento singular, como es, una encrucijada en la llanura, entre dos caminos y un río, el Camino Real, la vereda de ganados y el río Záncara, en tierras de frontera, entre las de la Corona de Castilla, las de la Orden de Santiago y las propias del Marqués de Villena.

Además, le otorgó el título de villa de señorío, que concedió a la familia Calatayud-Zapata, con el nombre de Provincius, que era el nombre de una hacienda o finca, cuyo propietario se llamaba así. El territorio, el camino y el río han sido el escenario donde se han sucedido a lo largo de la historia una serie de acontecimientos que figuran en la crónica y en los mapas que se han levantado al efecto. Estos tres elementos han ejercido una influencia clara en sus gentes que han forjado un singular modo de ser.

La frontera les obligó a defenderse y a resistir frente a los pillajes y asaltantes de caminos en estas tierras desprotegidas y de los abusos de los tres titulares de las tierras fronterizas, continuamente en litigio. Pero el provenciano también ha resistido a las extremidades del clima, que es severo con el calor y duro con el frío, soportando la estacionalidad de las precipitaciones, con intensas y prolongadas sequías que arruinan los campos y ha contemplado con desolación las aterradoras tormentas de granizo que además de destrozar las cosechas, inunda los campos, dejando aguas estancadas que propiciaban el desarrollo de epidemias que reducían la población, más que el hambre.

El río Záncara, que es vida, acompaña la vida de sus gentes, y a pesar de los históricos episodios de inundación, los provencianos sentimos alivio cuando vemos la delgada corriente de agua que, perezosa, avanza hacia el sur, hasta encontrar al Guadiana.

El camino es el tránsito, de personas y mercancías, es comunicación, es paso de vida. El emplazamiento del núcleo de población, ya descrito, y la situación equidistante entre la costa y el centro de la meseta, ha permitido históricamente, observar y servirse del trajín caminero. En tiempos de arriería y ganadería, estas actividades fueron la base de la economía local. Por ahí pasaban los productos exóticos llegados a Alicante y Cartagena con destino a la Corte y por él salían los productos naturales, los trigos, el vino, camino de otras tierras.

Es el camino omnipresente en la novela más universal jamás escrita, el Quijote, en donde suceden una serie de episodios relativos al hidalgo caballero y su humilde escudero. Es sinónimo de apertura, de amplios horizontes, de lejanía, de cercanía, de encuentro, de comunicación, de tolerancia, de coincidencia, de libertad. Estos rasgos identifican a los pueblos que se han forjado en las encrucijadas, impregnándoles de cierta calidad humana. En ese conjunto formado por el territorio, el camino y el agua, reside el patrimonio que es

preciso conservar y transmitir, el paisaje armónico de los cultivos y el arbolado, el profundo horizonte de las largas tardes de agosto, con el imponente sol anaranjado del ocaso que ilumina la perfecta llanura manchega.

Los pueblos de la mancha conquense, con el referente de la torre de sus iglesias, quedan fruncidos como una guirnalda al camino, y en la noche, hasta pueden parecer pequeñas aldeas de pescadores, con sus tenues destellos lumínicos, próximos unos a otros, como divisados por un barco que se acerca a la costa y que bien pudiera ser, el barco fantasma del Quijote.

Los núcleos de población aparecen en la curva de nivel de los setecientos metros, tal como los documentara Humboldt en su perfil topográfico hecho con motivo de su viaje por la Meseta y que en los mapas es difícil de encontrar por no existir obstáculo alguno a lo largo y ancho del territorio. Así, San Clemente, El Provencio, Las Pedroñeras, Las Mesas, El Pedernoso, Santa María de los Llanos y Mota del Cuervo, con distancias entre sí muy similares, quedan enlazados por la tela de araña que tejen sus redes de caminos. Al contemplar que el río Záncara y los pocos humedales que han quedado, son lo único que aporta al paisaje, pinceladas cristalinas del líquido elemento, aceptamos que en algunos casos, como hace Azorín al hablar de estas tierras, solo haya referencias a los caminos polvorientos.

El primer catedrático de Geografía de la Universidad Central de Madrid, Fermín Caballero, en su "Pericia geográfica de Miguel de Cervantes" afirmó con contundencia que éste genial autor, debería ser tenido entre los geógrafos, y argumentaba que a lo largo de la novela se evidenciaban sus ingentes conocimientos geográficos y textualmente resalta: "Los estudios geográficos sobresalen en el libro de Cervantes sin duda; porque fueron los más compatibles con su vida inquieta y afanosa carrera, nos han determinado a inscribirle con justo título en el Catálogo de los geógrafos".

Entre las razones que Fermín Caballero encuentra para su argumento destacamos, la del acierto en la elección del escenario de los acontecimientos y su pericia para indicar los lugares que describe sin dar su nombre ya desde la primera frase de la obra: "En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme…".

Esto ha propiciado que a lo largo del tiempo, más por la celebridad de la novela que por la calidad de las referencias costumbristas asociadas a supues-

tas localidades, haya habido un importante trabajo de búsqueda de rasgos de identidad de los numerosos núcleos de población y de la multitud de parajes que se consideran citados en el Quijote.

Caballero observó otras evidencias para afirmar que Cervantes fue geógrafo, como la topografía, las costumbres y particularidades de tantas gentes y pueblos que describe en su obra. La vida del autor fue un continuo ir y venir por las tierras peninsulares, por gran parte del Mediterráneo, por el norte de África y hasta por el Atlántico. Antes de escribir la novela había visitado las ciudades más prósperas, los puertos más activos, los archipiélagos, las islas, conocido así mismo el contorno de la costa, los tipos de vientos y las situaciones atmosféricas más frecuentes, como las borrascas, y observado distintos paisajes vegetales. Todo ello a consecuencia de las actividades y ocupaciones que había desempeñado y que le proporcionaron un ingente conocimiento del territorio.

La vasta llanura manchega, la mayor de la Península, constituye una destacada unidad paisajística, por su personalidad topográfica, climática e hidrológica, así como por la carga cultural que posee, lo que le confiere unos caracteres diferenciadores adscritos a un ámbito geográfico perfectamente definido, la comarca de La Mancha.

De este espacio, el conquense, comprende el territorio que situado al sur de la provincia, está por debajo de los ochocientos metros de altitud: las Tierras del Marquesado de Haro, bañadas por el río Záncara y sus afluentes el Monreal, el Saona, y el Rus. Son tierras llanas, de horizontes abiertos, cubiertas de escasa vegetación e intensamente cultivadas, donde destaca sobre el resto, el cultivo de la vid. Le acompañan los cereales tradicionales y el olivar. Otros usos del suelo completan el terrazgo, cultivos que necesitan agua, ajos, cebollas, melones. Como resultado de esa intensa actividad agrícola y ganadera ha quedado en el paisaje un repertorio de elementos construidos que dan variedad a la llanura con el blanco de su encalado. El molino de viento que además de emblema del territorio es una de las construcciones de vocación económica que junto al molino de agua, a la huerta, al palomar, a la bodega, al bombo, como elementos aislados, forman parte de un conjunto de edificaciones originales que confieren personalidad a la tierra en la que se levantan.

Los elementos naturales y el importante patrimonio histórico hacen que esta parte de la provincia de Cuenca, en la actualidad, tenga gran interés tu-

rístico. Los *humedales manchegos* (Manjavacas, las Celadillas, Pantano de los Muleteros), *los molinos hidráulicos en el Záncara, los molinos de viento* (Mota del Cuervo, Belmonte), los castillos (de Haro, Belmonte, Santiago de la Torre), *las plazas* (Mota del Cuervo, Belmonte, San Clemente, Alberca del Záncara), *los edificios religiosos y las iglesias* (Villaescusa de Haro, Belmonte, Mota del Cuervo, El Provencio, San Clemente), *los cascos históricos* (Belmonte, San Clemente), *la arquitectura popular* (El Pedernoso, Las Pedroñeras, Alberca del Záncara, San Clemente, Sisante), son singulares atractivos para el turismo rural por esta comarca inmortalizada por la novela universal.

La supervivencia y las formas de vida han dejado para la cultura popular de la zona un amplio repertorio de productos de gran interés gastronómico, los vinos, el queso, las carnes que Cervantes refiere con maestría en el Quijote y cita un repertorio completo de platos apropiados a cada momento de la vida manchega.

Las mejores épocas para recorrer esta comarca son la primavera y el otoño, en un caso por la explosión de colores de las plantas recogida tan nítidamente en la obra pictórica de Antonio López y de Benjamín Palencia, la larga duración de los días permite observar con calma el horizonte y escuchar los rumores de la vida. En otoño, ya terminada la vendimia, momento de bendición en la Mancha, el tiempo se sosiega, el membrillo madura y los pámpanos, multicolores antes de ser arrastrados por el viento, están de fiesta.

La Alcarria

Fisiográficamente la Alcarria conquense comprende los territorios claramente delimitados, al Oeste por la Sierra de Altomira que la separa de las tierras de la comarca de Tarancón (tierras de la Orden de Santiago) y al Este por la Sierra de Bascuñana que compartimenta los espacios previos a la Serranía de Cuenca. Los límites norte y sur son menos nítidos que los anteriores, así, al Norte, el Tajo, con sus afluentes, el Escabas y el Guadiela y la sierra Umbría Negra, marcan la separación entre las provincias de Cuenca y Guadalajara.

Esta cubeta alcarreña quedaría cerrada al Sur por un conjunto de elevaciones de algo más de mil metros de altitud, constituido de este a oeste por los

Altos de Cabrejas, la sierra del Picazo, la sierra de Zafra y la sierra de Santa Quiteria, asociada ésta ya a las alineaciones de Altomira. Concretamente, las tierras de Torrebuceit, Zafra y Palomares del Campo, regadas por el Gigüela y el Záncara quedan encajadas al sur de todo este territorio de características morfológicas similares, con amplios espacios agrícolas, salpicados por elevaciones típicas alcarreñas en forma de artesa invertida, de cerros testigo y de relieves residuales miocenos, donde han rebrotado las escasas muestras de vegetación natural preexistentes al cesar la presión ganadera sobre ellas.

Ahora bien, en el mapa mental de las gentes de estas tierras del sur alcarreño destaca su vinculación a la ciudad de Tarancón, por tratarse de un referente abastecedor de bienes y servicios, de igual modo que el resto de la comarca tiende a Huete, por su proximidad y por ser la cabecera natural, con su imponente patrimonio histórico.

La comarca de la Alcarria es un espacio muy definido, con características morfológicas sencillas y de fácil comprensión, compartimentado pero no desvinculado entre sí, de tal modo que al observar el paisaje desde un altozano de Valdeolivas o e Priego, hacia el sur, se divisan las tierras de Castejón, de Olmeda de la Cuesta y de Canalejas del Arroyo, sin que se pierda la unidad de conjunto. Igualmente sucede si se establece el observatorio en La Peraleja, llevando la vista hacia el este, donde todo es similar hasta llegar al dorso desnudo de la Sierra de Bascuñana.

El paisaje a primera vista puede parecer agreste e inhóspito, pero como sucede frecuentemente en temas de percepción, es preciso recorrer las tierras alcarreñas, en unos casos, siguiendo los caminos trazados junto al curso de los ríos y en otros, superando las dificultades topográficas para pasar de una cuenca a otra. En ambas situaciones nos encontraremos, amplias manchas de formaciones boscosas de tipo mediterráneo. Las incontables especies vegetales que crecen en sus coloridos suelos arcillosos, margosos, yesíferos, silíceos y calizos, donde conviven el tomillo, la mejorana, el espliego, la salvia, el cantueso, el romero que constituyen una acepción florística muy acreditada (mil flores) y dan la oportunidad a las abejas para que fabriquen el producto más emblemático de estas tierras, la miel.

Respecto a la vegetación arbórea, destacan con frecuencia las masas forestales provenientes de las intervenciones del Patronato Forestal del Estado

en los años sesenta del pasado siglo, que si bien tuvieron la intención ecológica de frenar el elevado índice de erosión de estas tierras, especialmente en las cabeceras de cuenca y en la consolidación de taludes, con motivo de la construcción del embalse de Buendía, se olvidaron de las especies vegetales autóctonas, como el roble quejigo, la encina o el pino negral e incluso el doncel, y sin tener en cuenta además, la doble función del olivo, productor y protector en estos paisajes.

Afortunadamente, quedan retazos de quejigares espléndidos en las rinconadas de las vertientes e incluso masas adultas de encinar, como la del páramo entre Pineda de Gigüela y Caracenilla a mil metros de altitud.

Es en los fondos de valle, donde se han desarrollado arboledas de caducifolias, choperas, olmedas, fresnedas y saucedas que han quedado para siempre en la toponimia alcarreña (Saceda, Olmeda, Fresneda) y que le dan una pincelada de verde intenso a la abundancia de ocres, grises y blancos de la paleta cromática.

Forman parte del paisaje de estos terrenos húmedos y llanos, las tierras cultivadas que proporcionan, con los cambios de estación, un colorido diverso, según se trate de la estación muerta, donde los labradíos ocres dominan las mañanas de pesadas nieblas o bien las primaveras tardías de vigorosos brotes verdes de cañas de cereales o de vástagos de girasol que cambian a amarillos limón y oro, para ser recolectados, ya entrado el verano, o en el caso del girasol, para ser recolectados, ya entrado el verano.

Existen pues momentos muy apropiados en el año, por el relevo de las estaciones, para contemplar los paisajes de estas tierras, y, ocasiones especiales, como asomarse al paisaje alcarreño después de la lluvia. Los colores de los materiales se intensifican, se muestran con su total diversidad y se disfruta, desde el observatorio, de la variedad, de la inmensidad y del silencio.

La Serranía

Después de recorrer durante tantos años la Serranía de Cuenca, pocos rincones han quedado sin contemplar y ahora, es muy dificil resaltar alguno de ellos por su singularidad paisajística. Cada uno de esos parajes participa en la casi exclusividad mesozoica del mundo ibérico conquense.

Al contemplar el paisaje serrano, se adscribe a los *sedimentos triásicos* el colorido de las tierras de cultivo y del arbolado de los pequeños huertos, con el caserío cercano y las vías de comunicación allí instaladas. Por su parte, los *materiales jurásicos*, en sus diferentes modos de presentación, son el soporte de gran parte de la vegetación, la cubierta que engalana el territorio, mientras que **los *espacios cretácicos***, masivamente presentes con la caliza y la dolomía, representan el mundo de las formas animadas, de las figuras caprichosas que, petrificadas, permanecen en resalte para su mejor contemplación.

La diversidad de la morfología serrana, se explica por la incisión practicada por las aguas superficiales en los materiales relativamente blandos de los depósitos secundarios que resultaron plegados en el movimiento alpino. La nueva red hidrográfica resultante, compartimenta el gran paquete de rocas, dejando resaltes (muelas, parameras) que han resistido los procesos erosivos que se han desencadenado con posterioridad y han quedado aislados por la profundidad de los tajos practicados por los ríos, angostos valles abiertos.

Iniciamos el recorrido hacia algunos enclaves serranos representativos por su singularidad en unas tierras muy próximas a la ciudad de Cuenca, la depresión de Mariana, gran cubeta de forma oval, limitada por dos anticlinales mesozoicos, el de Bascuñana al oeste y la flexión de Las Majadas al este, con una gran acumulación de sedimentos terciarios de origen salino, con una morfología de cuestas muy bien desarrollada y bien diferenciada de la Serranía.

Los núcleos de población están armónicamente emplazados, como por natural decreto, encima de alguna loma suave que permite bien el tránsito, cerca de los caminos comarcales, de poca importancia todos, o junto a algún curso de agua, por modesto que sea. Destaca en el caserío el edificio de la iglesia, casi todos de estilo románico de la época de la repoblación. Son construcciones de poco volumen, adaptadas seguramente al tamaño de la comunidad cristiana para la que se levantaron, emplazados en el punto más alto del conjunto, algo toscos, conforme al estilo que manda en su fábrica y que conservan lo esencial, su espadaña, algún artesonado de madera, el atrio cubierto y la forma semicircular del ábside (Monedero, M. A. 1985).

Es un ámbito con personalidad geográfica marcada y de alto valor paisajístico, ya que, por su carácter de cubeta, se configura con cohesión y presenta rasgos comunes en todos los elementos mensurables. El vocablo “Cam-

pichuelo" que tiene connotaciones históricas de la organización administrativa de la Diócesis conquense, vincula todo lo referido a este espacio, lo que le pertenece, lo que produce, lo que exporta y lo vivido.

Es un paisaje con una clara simbiosis entre lo natural y lo humanizado. Lo natural está presente en buena proporción en los sólidos afloramientos rocosos que flanquean casi todo el espacio. Solo al sur, donde el roquedo no es el elemento que más destaque, aparece el Júcar con su precinto verde estival y oro de otoño, para cerrar el círculo que se inicia en el Escabas con otro arco de similar colorido estival y otoñal.

En los espacios humanizados, las tierras de cultivo alternan con los chaparrales bien conservados; en ellas, el girasol que ya es familiar en el terrazgo, presta sus colores amarillos de verano a la paleta que recoge los verdes opacos de los quejigos que con ejemplares viejos aparecen aislados en medio de los trigales o cebadales, según la rotación del sistema de cultivos. Nunca falta una noguera que acompañe a las antiguas tierras del huerto, cerca de los núcleos de población, con cerezos y guindos que recuerdan otros tiempos de actividad intensa y de economía de subsistencia.

En las suaves laderas, en las cuestas, no muy lejos de los pueblos, todavía se cultivan pequeñas parcelas de vid que servía para "el gasto" y para destilar el aguardiente que acompaña al rito otoñal de la matanza del cerdo, la saca del afamado licor y las fiestas familiares.

La vista panorámica desde los flancos de la depresión es placentera en cualquier época del año, el colorido de la primavera tardía, la madurez estival de los colores, el sol del otoño en sus vegetales caducos, y la limpieza del horizonte invernal, frío pero soleado, junto con la articulación del terrazgo entre sotos, mimbreras, chaparrales y viñedo, salpicado el paisaje por los pequeños núcleos urbanos, hacen de este territorio que no es serrano pero lo parece y tampoco es alcarreño, aunque les separa un delgado anticlinal, un enclave de gran personalidad, con alta potencialidad en los valores que la nueva sociedad del siglo XXI demanda.

También cerca de la ciudad, al tomar la nacional 420 que nos llevaría hasta Teruel, nos adentramos en un espacio -la depresión de Fuentes- de idénticas características morfológicas al anterior y que ha sido objeto de estudio por su gran interés morfológico, presentado en congresos internacionales

que trataban sobre las características de los depósitos detríticos de ese valle sinclinal relleno de materiales procedentes de la mesa de Los Palancares. Podríamos presentar este interesante corredor con más detalle, pero es esencial destacar que por él se desliza el río Moscas y que la escorrentía de las aguas ha ido seleccionando los materiales en su fondo donde se ha formado un karst en yesos de gran interés que presenta un conjunto de dolinas a veces ocupadas con agua. Lo más reciente e interesante ha sido la aparición del yacimiento paleontológico de Lo Hueco que al parecer reúne un gran conjunto de restos de animales de gran tamaño de los tiempos cretácicos, que están siendo tomados como referencia continental y que como tantas otras cosas de las tierras conquenses, espera el momento de una adecuada presentación a la sociedad científica, docente y curiosa.

Otros espacios de gran valor geográfico para contemplar en nuestro recorrido, son los surcos intramontanos formados en materiales plásticos del triásico, como areniscas, calizas y arcillas salinas que aparecen intercalados entre los roquedos característicos del jurásico y cretácico. En la secuencia estratigráfica deberían estar en lo más profundo de la serie, debajo de dichos materiales jurásicos y cretácicos. Pero por sus características plásticas en algunas zonas han logrado forzar la estructura y aprovechando fallas y fisuras del terreno han aflorado en la superficie, en clara discordancia con la estratigrafía.

Al norte del territorio serrano destaca un gran valle triásico entre las localidades de Valsalobre, Beteta y el Tobar, al que se accede desde la hoz de Beteta excavada por el río Guadiela, o desde las altas tierras de Masegosa, después de atravesar el Carrascal, un promontorio jurásico cubierto de encinas, por el camino antiguo que une ambas localidades.

Desde el caserío de Beteta que se asoma al valle del Tobar, se puede contemplar un mundo diferente de tierras en otro tiempo intensamente cultivadas, donde destaca el colorido de las mimbreras, verdes en verano y ocres rojizas en otoño, en rotación en el terrazgo y a ambos lados del río Masegar que a la salida del amplio valle se une con el río Valsalobre al Guadiela que con impulso y caudal entra en la dolomía conformando la esplendida hoz de variada y exuberante vegetación.

El paisaje de estos espacios queda definido por la ocupación que fue intensa en otros tiempos de mayor presión demográfica y deforestó los territo-

rios aledaños. Por eso se aprecian el roquedo desnudo y los fondos de valles y vallejos vestidos. En los últimos años la floresta está ganando a la agricultura, advirtiéndose cierta recuperación de la cubierta vegetal, ya modificada.

Las zonas con mayores dificultades topográficas, aledañas a los anteriores, han conservado íntegra su componente natural, con una completa y variada serie vegetal, representativa de las formaciones de las altas tierras del interior peninsular, donde la simbiosis roquedo, agua, vegetación, queda manifiesta espléndidamente en las hoces de Beteta, Solan de Cabras y Tragavivos.

La cuenca del Tajo está presente con gran entidad en los promontorios más elevados del nudo hidrográfico de primera categoría peninsular que constituyen la Serranía de Cuenca y la Sierra de Albarracín. Además del propio río, nacen aquí el Cuervo, el Escabas y el Guadiela. El primero de ellos que nace en una surgencia kárstica y ha formado una barrera travertínica muy espectacular, se derrama aguas abajo hasta entrar en contacto con un lentejón triásico conformando el precioso valle de la Vega del Codorno. Constituye el único espacio agrícola de las inmediaciones, con una implantación humana dispersa, barrios poco distantes entre sí, ya que el valle es de reducidas dimensiones.

Se formaron pequeños conjuntos de viviendas con toba y construcciones auxiliares al pié de sus explotaciones, del propio río Cuervo y de las fuentes que se unen a él procedentes del macizo calcáreo que conforma el valle. Algo más de setecientas hectáreas están intensamente ocupadas por cultivos herbáceos y hortícolas variados, alternando con frutales, especialmente el manzano, y rodeado de zonas de pastizales instaladas en las laderas sobre los suelos arcillosos y margosos que configuran el entorno.

Estos pastizales han desempeñado un importante papel en la economía del municipio que posee una de las mayores cabañas de ovino de la Serranía y que históricamente ha estado vinculada a la trashumancia. Esta actividad ha permitido la existencia de un continuo flujo económico y humano entre estas tierras y las de destino en los pastos de invierno, el valle de Alcudia, Extremadura, Andalucía y las tierras del interior de Valencia.

En la actualidad el municipio de Vega del Codorno no supera los trescientos habitantes, diseminados en ocho barrios y registra todavía cierta movilidad estacional marcada por la trashumancia que en otros tiempos incorporó sangre nueva procedente de los enlaces con personas de otros territorios. Esta

ha sido una constante que ha favorecido la renovación biológica de las gentes de estas tierras poco accesibles y ha evitado la endogamia y los excesivos cruces sanguíneos parentales.

La personalidad del territorio y sus gentes, el limpio paisaje natural que se contempla y la escasa incidencia de intervenciones que alteren la mirada y el silencio reinantes, le confiere grandes potencialidades para actividades de disfrute del tiempo libre, lo que ha sido bien entendido por sus habitantes que están coordinando interesantes iniciativas empresariales de índole turística.

Más al sur, los interesantes terrenos triásicos continúan por una larga y estrecha franja desde la localidad de Tragacete, Beamud y Valdemeca, hasta las tierras próximas al río Cabriel, en el Este de nuestro territorio serrano. Este alargado surco se asemeja a un canal que contiene todo el patrimonio agrario posible en este intrincado mundo de montaña media (cuya mayor altitud está en La Mogorrita, 1866 m.) del Sistema Ibérico, flanqueado por la vegetación arraigada en las rocas jurásicas y cretácicas.. En las salidas de campo por estos parajes, es casi pausa obligada la observación de Jacintos de Compostela en una ladera antiguamente arada, frente a la salina próxima al núcleo de Tragacete.

Además de las tierras de labradío y de los frescos pastizales naturales que dan alimento a la cabaña ganadera, de mayor importancia en otros tiempos, han sido instalados los caminos, las carreteras y los elementos de la comunicación, redes eléctrica y de telefonía, por la fácil accesibilidad del territorio y, en sus márgenes, los pueblos.

Enclavados en promontorios en el centro del surco, como Beamud y Valdemeca, en los altozanos de los bordes, como Tragacete, Valdemoro – Sierra y Valdemorillo de la Sierra o en una atalaya (Huélamo), los núcleos de población a lo largo del tiempo han sido los vigilantes de esos espacios. El trajín ganadero y su esplendor hasta el XVII y en menor medida hasta la actualidad, los aprovechamientos forestales, incipientes en los primeros tiempos y rotundos desde la mitad del XIX y gran parte del XX y las tierras de labor inmediatas que les proporcionaban alimentos frescos, han marcado el devenir de sus gentes que han vivido pegadas al territorio, con un fuerte sentimiento de identidad y muy adaptados a la escasez y a la subsistencia.

Este surco está enmarcado por una gran variedad de formas topográficas e interesantes muestras de vegetación, aunque algunas especies hayan

sido muy castigadas por la presencia humana, como la sabina y el enebro. Los quejigares, las masas de encinares en la solanas pedregosas y los importantes pinares de albar al norte y en las tierras altas o de pino laricio según se desciende en latitud y en altura, salpicados con un sotobosque también variado, donde los pies sueltos de enebro y sabina destacan junto a las aliagas, entre la gran variedad de espinos y las aromáticas, conforman una espléndida cubierta vegetal.

De similares características es el surco existente entre Salinas del Manzano y Cañete, gran anticlinal desventrado, con manantiales salinos por la presencia de sal gema, que también figura en la toponimia. Los ríos Laguna y Cabriel vacían parte de estos materiales.

Los núcleos de población vinculados a este valle intramontano – Cañete, Salinas del Manzano, Salvacañete - también han resultado afectados por el abandono demográfico de los años sesenta y setenta, el reducido número de jóvenes en la actualidad, difícilmente permanece en el territorio debido a las escasas posibilidades de desarrollo que ofrece la zona. Cañete es la cabecera de comarca, que cuenta con un interesante patrimonio histórico y es donde se concentran los servicios de la administración, las oficinas bancarias, los centros de enseñanza, el abastecimiento de los pueblos próximos y alguna actividad industrial e iniciativas turísticas que han generado algo de riqueza y de empleo. Los núcleos restantes languidecen lentamente ante el envejecimiento de su escasa población.

El histórico enclave de las ruinas de Moya, lamentable olvido en el patrimonio histórico conquense, elevado en un resalte aislado de arenisca levantada por la fuerza plástica de los materiales del Keuper, domina otro valle triásico y los territorios comarcanos. En los tiempos de esplendor del marquesado de Moya, edificaron en este espigón un recinto amurallado de extraordinario valor estratégico, que aunque en la actualidad, en ruinas, reúne un gran potencial patrimonial.

La localidad de Landete es la cabecera de comarca y por ello el núcleo más dinámico que aglutina los servicios y gran parte de la actividad económica. El resto de los municipios se vacían lentamente a medida que su población envejece. La proximidad a las tierras valencianas ha ejercido tradicionalmente una marcada influencia, como foco de atracción para los habitantes por su

prosperidad manteniéndose una relación histórica que permite a las gentes originarias seguir en contacto con sus raíces.

La influencia de la región valenciana es aquí notoria, estas tierras de la serranía conquense son diferentes a las del sector central, el paisaje ofrece mayor diversidad por las condiciones ecológicas, por los materiales que afloran en superficie y por los tipos de suelos que se han configurado. También se aprecian ciertas diferencias culturales, que se manifiestan en el caserío, en el ornamento de las viviendas y en las prácticas agrícolas y ganaderas.

No conviene cerrar este recorrido serrano menos frecuentado, sin hacer mención a la excepcionalidad que se contempla en las inmediaciones del llamado Mirador de Boniches. Se trata del único afloramiento de materiales primarios en la provincia (existe una pequeña muestra en el término de Masegosa), con presencia de conglomerados, pizarras y cuarcitas, con muestras de fallas locales, procesos de erosión y formación de suelos de alto contenido silíceo y arcilloso, propicio para una vegetación también diferente a la del mundo secundario predominante y que hacen de este enclave de finales de la era primaria, un extraordinario referente geológico, geográfico y paisajístico.

Un paseo por sus alrededores, sorprende por su originalidad y distinto arbolado, con roble melojo (melojares) en las zonas frescas junto al Cabriel y la Sierra de las Cuerdas, y madroños en las laderas de Selva Pascuala, acompañados de tupidos jarales, cantuesares y, retamares que en primavera festonean los variados verdes con su intensidad multicolor. En las inmediaciones del pueblo, quedan muestras de usos del suelo residuales, como un viñedo que aprovecha irregulares parcelas, aterrazadas a veces, con suelos de cantos rodados procedentes de la erosión de los conglomerados devónicos, de azulados tonos y formas paquidérmicas.

Continuando nuestro recorrido, nos adentramos en el mundo del karst que en la Serranía de Cuenca, es predominante y destaca sobre otras formas de modelado. Son abundantes los cañones, lapiaces, poljes, dolinas, algunas con agua, embudos, sumideros y simas como formas de relieve kárstico en superficie, sin olvidar, las surgencias, algunas de ellas petrificadas y las numerosas cavidades ya cartografiadas. La abundancia de parajes kársticos con gran variedad y riqueza de formas que además son las más originales de la Península y su riqueza en restos paleontológicos de reconocimiento mundial, nos lleva a

proponer que desde esta Real Academia, se inicie el expediente de solicitud a la UNESCO para la declaración de estos espacios, como Patrimonio Geográfico y Cultural de la Humanidad.

Ante la multitud de muestras de este modelado en la Serranía, tan solo nos referiremos, a las espectaculares dolinas que aparecen en las inmediaciones de la ciudad de Cuenca y a una de las ciudades encantadas, la más famosa, la de la muela de la Ciudad Encantada en Valdecabras.

Una pista forestal conduce a la mesa de Los Palancares, donde concurren una serie de elementos propicios para dar realce a este espacio que no por conocido, está bien aprovechado. La protección de la administración regional con la figura de Monumento Natural de Palancares y Tierra Muerta, no ha favorecido su divulgación y la contemplación de este conjunto, único en España por los interesados por la naturaleza, el mundo de la enseñanza en todos sus niveles, los estudiosos de la ciencia forestal y el turismo. El MUP de Los Palancares y Agregados, con más de cinco mil hectáreas de superficie, es un catálogo de monte mediterráneo, con variados modos de presentación de las especies vegetales, con el pino negral (*p. nigra arn*) omnipresente. Este monte es también, una valiosa muestra del vasto patrimonio forestal del Excelentísimo Ayuntamiento de Cuenca, repartido por la comarca serrana y cuyo origen data, en su mayoría, de la donación hecha a los conquenses por Alfonso VIII.

Este paraje reúne además, todas las condiciones para los usos que la sociedad actual demanda, al disponer de unas instalaciones que podrían ser la base de una actividad turística ordenada que incluso valorizara la estación de ferrocarril que se mantiene y que es aprovechable como una razón más de su atractivo y así contribuiría a conservar la línea de ferrocarril convencional.

Continuando por la pista forestal, se accede a otro conjunto de dolinas, que presentan la originalidad de contener, en su mayoría, agua en su interior al estar relacionadas con el nivel freático del río Guadazaón que circula por las proximidades (Alonso, 1991). Se trata de las lagunas de Cañada del Hoyo, espectacular paraje que también ha merecido la atención de prestigiosos ecólogos que han estudiado su estructura, las características de sus aguas y la flora y fauna que en ellas vive; Rosa Miracle y Eduardo Vicente, las han llevado a congresos internacionales difundiendo su existencia y gran interés científico.

En más de una ocasión, hemos coincidido en estos parajes y aprovechado sus explicaciones in situ.

Una sucesión de poljes se añade al catálogo de formas kársticas y realza el reborde SE de la Mesa de los Palancares, con topónimos como la Nava, Navazuela o el Hoyo que hacen referencia a sus formas deprimidas.

La Ciudad Encantada

Se trata de un sorprendente espacio cretácico con una antigüedad de casi cien millones de años que es el resultado de la acción de los agentes erosivos externos – principalmente del agua – sobre un tipo de caliza, la dolomítica, que con el transcurso del tiempo ha ido quedando al descubierto, mostrando unas formas curiosas, fungiformes, que llaman la atención al observador y provocan una espiral imaginativa que le hace ver construcciones y diferentes siluetas, allí donde solo existen grandes bloques de piedra caliza (García y Fernández, 1999: 3).

El ilustre geógrafo alemán Lautensach la presenta como: "el caos de rocas más típico y grande entre los paisajes semejantes de la Península Ibérica. En un espacio de unos veinte kilómetros cuadrados se extiende un laberinto de rocas de todas formas, que la fantasía podría clasificar en varios tipos. El fenómeno es pues tan interesante y original para el geólogo como para el artista (Rojas, 1964: 9).

El ámbito geográfico en el que aparecen las siluetas características que identifican a las de la Ciudad Encantada es bastante mayor que el recinto delimitado y conocido universalmente. Está integrado por un conjunto de grandes y alargadas mesas calizas, aisladas entre sí por profundos tajos que se abren en sus bordes. Morfológicamente estos relieves han evolucionado de forma autónoma, presentando -tanto en su interior, como en su exterior- complejos fenómenos de erosión cárstica, diferentes por su variedad e intensidad, lo que confiere personalidad a cada una de las citadas mesas. La de Las Majadas, en la margen derecha del cañón del Júcar, es otra ciudad encantada, con formaciones muy similares, el paraje conocido como el de Los Callejones.

La primera referencia científica que conocemos sobre la importancia del modelado de la Ciudad Encantada, es de 1875, la encontrada en la Descripción Física, Geológica y Agrológica de la provincia de Cuenca en las Memorias de la Comisión del Mapa Geológico de España. Allí se dice que "…donde

el fenómeno de desgaste, en el horizonte calizo ha sido más sorprendente, es en el término de Valdecabras en el sitio conocido con el nombre de la Ciudad Encantada, de cuyo aspecto podrá dar una idea la descripción que hace Trifón Muñoz Soliva en su "Historia de la Ciudad de Cuenca y del territorio de la provincia"(Cortazar, 1875:180).

La declaración de Sitio Nacional en 1929 por Real Orden de 30 de julio del mismo año (Mata, 1992:1076) y la apertura de los caminos de acceso a la serranía por la margen derecha del Júcar desde la capital, permitió el conocimiento y divulgación de este espacio tan singular. Los cronistas de la ciudad lo contaron en la prensa madrileña y confirmado por los naturalistas y los amantes de las letras y las artes que lo han visitado, se ha convertido en una nueva referencia en el mundo naturalista. La tardía apertura del ferrocarril entre Cuenca y Valencia en el año 1947, atrasó la llegada de visitantes levantinos que desde entonces se sumaron a la contemplación y difusión de este escenario natural tan llamativo.

Ramón y Cajal, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Vicente Blanco Ibáñez, Eugenio Noël, entre otros, recorrieron el paraje acompañados por notables representantes de la cultura conquense como Juan Jiménez Aguilar, Cesar González Ruano, Pedro de Lorenzo, Luis Martinez Kleiser, Julio Larrañaga o Federico Muelas.

A Federico García Lorca la visita le inspiró un vibrante soneto incluido en los del Amor Oscuro, del que recuperamos su primer cuarteto:

¿Te gustó la ciudad que gota a gota
Labró el agua en el centro de los pinos?
¿Viste sueños y rostros y caminos
Y muros de dolor que el aire azota?

Proliferaron las publicaciones, artículos en periódicos y revistas de la prensa madrileña, con referencias e imágenes del nuevo y espectacular paisaje de la "Ciudad Encantada", las guías promovidas por las instituciones provinciales y de modo muy específico las vistas y postales como fascículos coleccionables y series exclusivas de fotografías del famoso paraje realizadas por fotógrafos de cierta importancia.

Entre las guías editadas entonces, es de destacar, además de la del Museo Provincial de Arte, la de 1929 titulada "Cuenca", de Julio Larrañaga que ha sido reeditada por la Diputación Provincial en los años ochenta, ha sido un referente clásico valioso para conocer el territorio provincial, con una aportación muy completa de itinerarios, de patrimonio, de costumbres e incluso de fotografía de la época, de gran calidad.

Con anterioridad a 1894, Santiago López, director del Consultor Conquense había publicado una guía por entregas, un coleccionable de seiscientas páginas sobre Cuenca, editada por la Imprenta Provincial.

Otra guía clásica, de la serie que editorial Everest dedicó a las ciudades patrimoniales de España, está firmada por el cronista de la ciudad, Federico Muelas, que, siguiendo la línea marcada por las anteriores, actualizó los datos, con mejores medios reprográficos e información reciente de iniciativas turísticas y recuperaciones patrimoniales en la ciudad. Esta es la antecesora de todo un amplio repertorio de publicaciones específicas referidas a la ciudad, a sus alrededores, a la Ciudad Encantada, a rutas y senderos atractivos por la Serranía, etc.

Respecto a las reproducciones fotográficas, en el año 1912 se publicó el cuaderno nº 18 dedicado a Cuenca, en el Porfolio Fotográfico de España, del editor barcelonés Martín, donde se incluye ya una fotografía de la Ciudad Encantada, con un jinete y su montura como referencia, que en aquel tiempo era casi la única forma de acceder al paraje (Martin, 1912:5).

Unos años más tarde y con una bonita presentación, salió al mercado un bloc de veinte tarjetas postales, con una guarda de papel de celofán delante de cada una de ellas y un texto al pié de cada foto, donde constaba el número de la serie y el nombre de la imagen bajo el título genérico de Ciudad Encantada. Como novedad, en la cara posterior de la postal, figuraban los apartados "correspondencia" y "dirección", para ser franqueada en la estafeta de Correos y enviada a la dirección postal referida. Además prohibía la reproducción y figuraba la marca registrada. La referencia comercial era la de un fotógrafo barcelonés llamado L. Roisin.

Todas estas postales turísticas evidencian la trascendencia que ya ha alcanzando el recinto, cuya potencialidad turística está llamando a editores y fotógrafos de Barcelona.

Sin duda, debió tener gran influencia la difusión de su existencia junto a la propagación de la riqueza artística de la ciudad de Cuenca, en un momento de toma de conciencia ciudadana sobre el abandono en que se encontraba por parte del poder central, en el primer cuarto del pasado siglo XX. Aquella reivindicación cristalizó en una formidable obra titulada "Guía de Cuenca", con colaboraciones de Baroja, Odón de Buen, Jiménez de Aguilar, R. Llopis y el fotógrafo Zomeño. La edición fue financiada por el Museo Municipal de Arte y ha sido plagiada a lo largo del tiempo, en numerosas ocasiones.

La potencia propagandística del séptimo arte ha quedado probada a lo largo de todo el siglo XX, por la difusión internacional de grandes obras de la literatura universal, de aspectos antropológicos y de los territorios. De estas grandes facultades publicitarias se ha beneficiado el paraje de la Ciudad Encantada que por el rodaje de numerosas películas en su interior que han contribuido a la propagación de su belleza, de sus formas originales y de su espectacularidad. A finales del siglo pasado se habían rodado once largometrajes y seis cortos, que resaltaban la particular fotogenia de los cantiles calizos.

La Ciudad Encantada es uno de los lugares serranos para la admiración, la abstracción y el sosiego que he podido recorrer con frecuencia, desde mi juventud en diferentes épocas del año y a distintas horas del día. De todas estas visitas, son recomendables las realizadas en primavera que aquí es tardía, a primeras horas de la mañana o al caer la tarde.

La ciudad de Cuenca

Ya estamos en Cuenca, estos caminos serranos, esos caminos alcarreños y aquellos manchegos, nos han traído a sus pies, a la puerta de la Serranía. Los accesos a la ciudad por los cuatro puntos cardinales, nos traen desde la Manchuela por el este; desde La Mancha por el sur y desde la Alcarria por el oeste. El norte queda en exclusiva para la Serranía, territorio totalmente dependiente de la ciudad.

El Júcar es la fuente de vida y referencia de todo el sector serrano, eje que con sinuosa dirección norte-sur protagoniza el paisaje, la economía, las comunicaciones y en definitiva la vida. Es el cordón umbilical de este amplio espacio con la ciudad de Cuenca. Pone en contacto el territorio con su cabeza

administrativa y tutela que por su propia historia, la misma para todos, las gentes serranas ven en Cuenca algo más que la capital de su provincia. Con luces y sombras, en los más de ocho siglos transcurridos, la ciudad, puerta y broche de ese amplio espacio, gran parque temático natural, ha ejercido una protección de hermano mayor con los municipios serranos.

El rio, para llegar a la ciudad ha tenido que hacer un trabajo de desgaste enorme, dejando tras de sí, muestras tan impresionantes como el gran cañón labrado desde Uña a Villalba de la Sierra, y tras sestear por las tierras del Campichuelo, se ha enfrentado de nuevo al desafío de horadar los materiales secundarios donde se asienta en caserío. Así, se encaja y labra, a lo largo de cinco kilómetros, una filigrana de hoz que es el regalo que el Júcar trae,desde la Serranía.

El camino y el río han viajado juntos hasta ella, a veces uno arriba, sin perder de vista al otro; otras separándose un pequeño trecho y volviéndose a encontrar y muchas en paralelo, siempre juntos, como los serranos que llegan a la ciudad. "La ciudad y el rio viven en simbiosis desde hace más de mil años…"(García Marchante, 2000:62).

Ante la dificultad de sintetizar todo lo que la ciudad sugiere al observador, hemos recurrido a una abstracción de textos publicados sobre ella, revisado numerosas miradas y escogido aquellas que pueden resultar más originales desde mi punto de vista, que, como confesaba al principio de este discurso, ha ido cambiando a lo largo de mi "tiempo de observación".

Situado en cualquier altozano del Terminillo, miro hacia la ciudad y recreo el escenario vacío de su emplazamiento y lo que contemplo es un frente rocoso y macizo que se interpone ante mis ojos y cubre mi vista desde la dehesa de Casasola hasta la mesa de Palancares, más allá de las hoces Chiquilla, del Buey y San Miguel, más allá. No existen otras formas, ni elementos que destaquen en el paisaje, se trata de una ladera poco vestida de arbolado, en cualquier caso, algún chaparro y pies sueltos de coscoja. ¿Qué hay detrás de ese muro? Sencillamente un páramo prácticamente llano, reseco y de andar difícil, de una altitud de algo más de 1100 m que está siendo perforado por dos corrientes de agua en superficie, son los ríos Júcar y Huécar.

Estas corrientes han excavado unos profundos tajos que confluyen en ángulo agudo y cortan el anticlinal de Bascuñana en su contacto con la

mesa de Palancares y han dejado además en resalte, tres alturas (La Majestad, 1143m; San Cristóbal, 1175m y el Socorro, 1165m), como si hubieran subido el telón de un gran escenario, para instalar a continuación, sobre la del centro, el decorado urbano que dará origen a la ciudad de Cuenca.

El origen de la ciudad y especialmente su emplazamiento, es el resultado de la intervención de agentes naturales básicos, como el roquedo y la acción de las aguas.

Después llegó el tiempo de los actores, el de las gentes que han ocupado ese escenario y han ido construyendo ese conjunto urbano que tanto impresiona. Martín Almagro Gorbea, arqueólogo excavador de los restos de la zona del castillo, dató la fecha de las construcciones musulmanas entre la segunda mitad del siglo IX y principios del X. Dominada por los Beni Zennun, la presenta como una ciudad sin arrabal y toda ella situada en el recinto urbano primitivo. Puede ser el origen de la ciudad musulmana.

Al Idrisi (1100-1165), cartógrafo, geógrafo y cronista hispanomusulmán que visitó Cuenca y sus tierras, ya señaló el estratégico emplazamiento de la ciudad y su riqueza forestal. Desde entonces hasta ahora, numerosas personalidades de las ciencias, de las artes y las letras, la han descrito, con infinidad de estilos, dejando plasmadas sus impresiones en textos, en dibujos y en pinturas que son clara evidencia de su excepcionalidad.

El estudio totalizador de la evolución urbana de Cuenca se lo debemos a Miguel Ángel Troitiño que compendió en su tesis doctoral la razón de ser de esta vieja ciudad castellana a través de su morfología urbana. A él se debe además, la memoria justificativa presentada a la UNESCO, esencial para la declaración en 1996 del Casco histórico y las Hoces de Cuenca, Patrimonio de la Humanidad.

Fernando Zöbel, fué el eminente pintor abstracto que había captado de modo excepcional las aguas de los ríos, sus colores y turbulencias, la vegetación y las estaciones del año en la ciudad y que además contribuyó a elevarla a lo más alto en el mundo de la pintura moderna, en la segunda mitad del siglo XX.

Los trabajos de Wingaerde, en 1563, profusamente estudiados por Pedro Miguel Ibañez y los de Juan Llanos y Massa en 1773, deben ser considerados como testimonio de dos momentos históricos de la vida de la ciudad,

momentos trascendentes como el esplendor económico y prestigio internacional, reflejado en el espacio urbano intensamente ocupado del siglo XVI, y el de su decadencia, también social ya finalizando el siglo XVIII.

Antonio Ponz, en su visita a la ciudad en 1789, describe en una misiva:" algunas de las casas de Cuenca que están arrimadas a aquellos riscos, tienen diez o doce altos y sobre sus tejados se ven salir los fundamentos de otras, de suerte que desde fuera de la ciudad se suelen ver asomadas las caballerías a alguna ventana que parece de cuarto principal o último y es la caballeriza de otra casa".

Odón de Buen, destaca en su percepción:" Cuenca, vista desde abajo, tiene algo de pirámide y de acrópolis" al ver como se derrama el caserío por las laderas del peñón de su asentamiento principal, ocupando los resquicios urbanos hasta llegar a la cerca del Huécar. La percepción paisajística de Odón, es calificada acertadamente por Gustavo Torner que dice:"Cuenca, es una topografía vestida de ciudad". El caserío se desparrama desde los crestones cretácicos hasta el valle, como si se tratara de un material plástico que va rellenando todos los huecos,…"el tejido urbano se adapta a la topografía, como un vestido a un cuerpo".

Pio Baroja escribe después de una visita:"…se levanta sobre un cerro, domina la llanura y se defiende por dos precipicios, en cuyo fondo corren dos ríos, el Júcar y el Huécar".

Torrente Ballester, dice:"Cuenca es indescriptible…Los que hicieron a Cuenca, la asentaron sobre el cerro pino, contorsionado, embutido entre hoces, porque era fácil de defender…".

Alejo Carpentier (1935), cita:"Imaginad un enorme peñón de roca rodeado de precipicios que forman una réplica perfecta del Gran Cañón del Colorado". "En el fondo de esa gigantesca arruga geológica, corren mansamente el Júcar y el Huécar. En los bordes superiores del cañón, las erosiones milenarias han tallado una galería de esculturas alucinantes. Estatuas de piedra de sesenta a cien metros de alto, con figuras de hongos, de naves, de árboles, de reptiles. Hay rostros semejantes a los que pueblan la isla de Pascua".

El arquitecto conquense Julio Cano Laso recuerda en su descripción de la ciudad, la presencia del mar secundario, con esta descripción «Cuenca parece un alto navío embarrancado entre cerros, con su castillo y afilada proa

apuntando a la montaña, y la Alcazaba, como otro gran castillo de popa, dominando el llano». (Cano Laso, J., 1985, p. 103).

Recientemente, el arquitecto José María Pérez "Peridis" ha presentado este singular asentamiento como "el lugar perfecto para situar una población encastillada".

Esta ha sido una selección de opiniones sobre la ciudad que hacen especial referencia a su emplazamiento; otras, tienen en cuenta aspectos diferentes sobre ella, según la percepción del observador, como los volúmenes de su caserío, su morfología, los revocos de sus fachadas, su tortuosa topografía, su laberinto de callejas, sus plazuelas, la luz en la ciudad y las sensaciones que despierta.

Miguel Aguiló al teorizar sobre la ciudad como un lugar para la convivencia, escribe: «algunas ciudades tienen un emplazamiento tan sobresaliente que condiciona su desarrollo y se adueña por completo de su imagen. …La cultura de lo pintoresco es, en gran parte, responsable de este proceso que hace a algunas ciudades prisioneras de su paisaje». (Aguiló, M., 1999, pp. 221-223).

Ciertamente, en el devenir histórico de Cuenca ha pesado mucho su dependencia topográfica y, claro está, la ciudad se podía haber desarrollado con más ímpetu en el llano, sin necesidad de abandonar su imagen histórica; sin duda han intervenido inercias de índole local, factores externos y cambios de ciclo económico en los momentos menos oportunos para la ciudad. En el soneto que Federico Muelas dedica a Cuenca, conjuga adjetivos mitológicos (alzada, pedestal, altiva, sueño de un dios en celestial deriva), con metáforas de rebeldía (gallarda, orgullos, sinrazón) y giros de frustración (bajas derrocados sueños, aventura de cielos despeñados), y sella el cuarteto con dos versos que sintetizan la historia de los últimos tiempos:

"Cuenca, en volandas de celestes prados,
De peldaño en peldaño, fugitiva".

La geógrafa Josefina Gómez Mendoza en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, defendió la necesidad de que el medio urbano tenga más en cuenta su *entorno*, resaltando que una de las condiciones de la

calidad de vida y de los espacios públicos es el contacto con la *naturaleza* y que hay que recuperar más la naturaleza y los procesos naturales, *utilizar mejor la topografía y los recursos del medio ambiente* y en definitiva, artificializar menos la ciudad y el entorno para no perder su *singularidad*.

Interpreto la ciudad de Cuenca como uno de los más claros ejemplos que se pueden encontrar de vinculación de una ciudad con su entorno natural. La tendencia creciente a disociar los ámbitos urbanos de los que pertenecen a espacios abiertos, encuentra en este caso un paradigma de lo contrario. La urbe tiene a su alrededor un amplísimo territorio municipal, en el que se inscriben pueblos, aldeas y caseríos, envueltos en rocas, agua, vegetación, luz y aire que son, no factores complementarios de la ciudad sino, esenciales, y por ello, muy probablemente ésta sea la más hermosa ciudad paisaje del mundo.(García Marchante, J.S.2.000)

Francois Peyron (1772), la describe:" Esos nidos de águilas que forman la ciudad de Cuenca. He visto pocas situaciones más pintorescas ni más sorprendentes…Una ciudad construida sobre una roca desnuda y muy elevada…Las casas son sorprendentes y su entrada está, por decirlo así, sobre el tejado de las inmediatas…"

Antonio Ponz, poco tiempo después, sorprendido exclamó:"…la ciudad de Cuenca tiene su asiento en un gran cerro, entre dos mucho más altos que él, de los cuales la separan dos grandísimas profundidades… que desde la raíz del cerro empiezan las murallas de la ciudad y acaban en una altura extraordinaria; que para trepar por sus calles, particularmente por algunas, es menester poco menos que tirarle a uno con garruchas…".

De nuevo Baroja continúa sorprendido;" …aparecen en fila, una serie de casas amarillentas, altas, algunas de diez pisos con paredones derruidos, asentadas sobre las rocas vivas de la hoz, manchadas por las matas, las hiedras y las mil clases de hierbajos que crecen entre las peñas".

Alejo Carpentier describe también la morfología urbana de Cuenca:"… constituye un conjunto singular y único, en el que callejas y plazas se retuercen y aglutinan en un inverosímil equilibrio que desafía el vacío de sus hoces".

Para ponderar la ciudad, se han utilizado metáforas referidas a la presencia de elementos astronómicos, como la luna, su luz, el cielo y la luz natural, la primavera, el otoño…

Pio Baroja vuelve a referir:"…También admirable, por lo extraño, era recorrerla de noche a la luz de la luna y sentándose en una piedra de la muralla, mirarla envuelta en luz de plata, hundida en el silencio". Le llaman la atención a D. Pío :"…estas casas levantadas al borde del precipicio, con miradores altos, colgados y estrechas ventanas, producen el vértigo…En aquellas noches claras, las callejas solitarias, las encrucijadas, los grandes paredones, las esquinas, los saledizos, alumbrados por la luz espectral de la luna, tenían un aire de irrealidad y de misterio extraordinario. Los riscos de las hoces brillaban con resplandores argentinos, y el río, en el fondo del barranco, murmuraba confusamente su eterna canción, su eterna queja, huyendo y brillando con reflejos inciertos entre las rocas".

D. Miguel de Unamuno publicó en 1931 en el Sol un artículo titulado:"Cuenca Ibérica…" y viene a decir:" a su callada soledad dentro de aquellas rejas caseras que cierran los ventanales en la alta calle de San Pedro, que sube hasta el castillo a más de mil metros de altura…Que así durmieron sus ensueños los hidalgos conquenses, entre rejas, en esa cuenca bivalva y roquera, de encantada ciudad". Es notoria la profundidad del texto que recoge la sorpresa que le causa la ciudad.

Eugenio D´ors escribió:"…Cuenca cristalizada en el vacío, equilibrio dinámico de gracia, como un milagro de la arquitectura, al borde de la roca y del espejo…" y la califica de " bella durmiente del bosque que está en sueño y sueños traspuesta, pero alguien cuida, mientras tanto, de mantenerla en exquisito primor…".

Ahora que ya no está entre nosotros, miembro además de esta Real Academia, recuperamos el verso de Florencio Martinez Ruiz hecho metáfora en su décima dedicada a Cuenca:

De hoz a hoz a cielo abierto suenas,
Cuenca del aire, Cuenca sumergida,
campana de la luz, en luz tañida
volteada en pensiles y en almenas.
A tu columna de cristal atada,
lluvias te azotan, te flagela el viento,
en una ruda y bárbara agonía,

y doblas, campanada a campañada,
dando un sonido a Dios, al diablo ciento,
crucificada en la alta serranía.

Juan Manuel Alonso Velasco, realizador del Plan Especial de la Ciudad Alta de Cuenca, dice que "una ciudad legible, sería aquella cuyos distritos, sitios sobresalientes o itinerarios y sendas, son identificables fácilmente y se agrupan en una pauta global". "Hay que tener en cuenta como el ciudadano se orienta en la ciudad, la evolución y formación de su sentido del espacio" (Alonso, J.M., 2004).

Desde el barrio del Castillo, la lectura de Cuenca es cronológica cuando al entrar por la puerta de los Bezudo, resto escueto de lo que fuera la fortaleza, se inicia un recorrido urbano por el primer recinto y tras descender por la calle noble de San Pedro, dejada atrás la plaza del Trabuco, se llega al segundo recinto de la ciudad medieval, el antiguo Alcázar, donde Mangana es, torre medieval en sus orígenes según Jiménez Monteserín, «(...) soporte del siglo XVI para el reloj de la ciudad, pulso su campana, del tiempo laico de los quehaceres artesanos.» (Jiménez Monteserín, 1983, p. 103).

El mapa de la percepción geográfica se articula en *sendas principales* y *secundarias*, *nodos*, *hitos destacados* y *bordes limitantes*, como referentes espaciales que ayudan a la lectura de la morfología urbana. Es el modelo aconsejado por Kevin Lynch que habla de la necesidad de establecer un sistema de orientación en la organización del espacio urbano.

Al transitar por el eje de las calles Alfonso VIII-Andrés de Cabrera, como lo reflejara José Luis Muñoz en su trabajo sobre las calles de la ciudad, se llega al confín del último recinto amurallado urbano, el río Huécar, la cenefa de la calle de los Tintes y los restos de la muralla verdadera del cubo del Almudí y del edificio Palafox, tal vez allí, oculta por la calzada, se halle la transitada puerta de Huete. De igual modo, contra el reloj del tiempo, se asciende por la *senda principal* de la percepción geográfica, desde la Trinidad hasta el Castillo, y desde este, andar por *otras sendas secundarias* como la ronda del Júcar, la ronda de Julián Romero, la que lleva al puente de San Pablo y las bajadas a las hoces. Las confluencias de estas concluyen en *nodos* como la plaza de la ciudad de Ronda, la del obispo Valero, la de la Merced, la

anteplaza y la plaza Mayor y *nodos menores* serán las plazuelas de los barrios, como el Carmen y San Nicolás.

Sobre el perfil construido, son *hitos* destacados, las torres de los campanarios de San Nicolás, San Miguel, San Gil, San Felipe, El Salvador, la torre de Mangana, la cúpula de San Pedro y ya integrado planetario del Museo de las Ciencias.

Como últimos elementos descriptivos de este conjunto histórico, los *bordes* son identificados con los dos niveles que presentan las hoces de los ríos, por un lado la dolomía erosionada, relacionada con el paisaje exterior, por otro, el nivel humanizado y construido que eleva el conjunto y que se relaciona con el paisaje interior.

No obstante, para conocer la ciudad, son necesarios numerosos paseos a diferentes horas del día, en diferentes épocas del año, en primavera, en otoño, de día y especialmente de noche. Es alucinante, como diría Torrente Ballester, en noche con luz de luna, en silencio, a solas o en compañía, intentando hablar con ella.

De entre todos los textos conocidos, hemos elegido el que Julián Marías le dedica, porque a nuestro parecer, se acerca más a la idea que tenemos de la ciudad, al alcanzar la quintaesencia de la descripción del espacio edificado y vivido en su conjunción con el espacio natural que lo soporta. Dice así:" Las hoces, las colinas circundantes, las orillas de los ríos, son partes de la ciudad; porque solo desde ellas es accesible Cuenca, solo desde ellas, se le puede ver. En otros lugares hay que salirse de la ciudad para verla. En Cuenca, seguimos en la ciudad y hay mil perspectivas y no una sola; por eso no hay lo que se llama una vista de la ciudad, sino muchas y no son exteriores, del mismo modo que, nunca tiene Cuenca, verdadera interioridad. Siempre se está entrando y saliendo, se asoma uno a la ciudad desde fuera o desde dentro. Se asoma uno al paisaje circundante sin dejar lo urbano o desde otro paisaje; y ese paisaje que vemos incluye la ciudad, es decir, no es verdadero paisaje si se entiende por esta expresión, el que es puramente natural. (…) Cuenca es lo más opuesto que cabe a una casa; por eso no es muy fácil morar en ella; lo interior está siempre exteriorizándose, del mismo modo que lo más exterior – kilómetros de paisaje violento y agresivo- se incorpora a la ciudad, formando un recinto ideal que no se sabe bien donde termina. Cuenca no nos deja reposar porque

nos obliga a transitar de fuera a adentro, y otra vez hacia fuera, nos proyecta y lanza en mil direcciones, establece relaciones entre todos sus puntos, nos hace sentir una tensión dinámica que nos zarandea y lleva de un lado para otro. Espiritualmente, en Cuenca siempre hace viento.

"Cuenca significa la dramatización urbana del paisaje".

Toda esta reflexión que les he trasladado sobre mis espacios conquenses y que esta tarde de primavera, he tenido el gran honor de compartir con todos ustedes, ha sido el resultado de mis recuerdos, de mis lecturas y de las nuevas miradas a los paisajes vividos, de los que seguirán perdurando, sus colores, sus sonidos, sus aromas y mis sentimientos primeros, junto a los renovados.

CONTESTACIÓN A CARGO DEL
ILMO. SR.
DON PEDRO MIGUEL IBÁÑEZ MARTÍNEZ

EL PAISAJE PINTADO DE LAS TIERRAS DE CUENCA

Ilustrísimo señor director, ilustrísimos señores académicos, queridos Joaquín y familiares suyos, señoras y señores.

Felicito al nuevo académico numerario Joaquín Saúl García Marchante, y le agradezco que me haya elegido para contestar a su discurso de ingreso en esta Real Academia Conquense de Artes y Letras. Su brillante intervención nos ha transportado, como en un mágico viaje aéreo del barón de Münchhausen, por los más hermosos y variados paisajes de la provincia de Cuenca. Ello se ha producido desde el rigor y la precisión que le permite su bagaje profesional, que no han impedido, por cierto, la emoción y las notas poéticas derivadas de la contemplación de la naturaleza. Ya era hora de que la Geografía encontrase un hueco entre las diversas disciplinas humanísticas alojadas en esta Academia, y de que la represente un geógrafo de la talla del profesor García Marchante, que ha dedicado con entusiasmo toda su trayectoria investigadora al conocimiento de los paisajes tanto naturales como humanizados de nuestra provincia.

La Real Academia Conquense de Artes y Letras, que no es ni debe ser un Ateneo por muchas mentes brillantes que supuestamente pudiera reunir en su torno, es una corporación que manifiesta entre sus objetivos básicos los de difundir el conocimiento de los valores culturales y patrimoniales de Cuenca y su territorio provincial, y promover la investigación de tales valores. Tales propósitos solo pueden cumplirse si el perfil curricular de cada uno de sus miembros se acomoda a las exigencias que los propios objetivos reclaman. Por su dedicación intelectual a las comarcas y los pueblos de Cuenca, por el

rigor científico que le caracteriza y por sus numerosas aportaciones al saber que representa, el profesor García Marchante excede con holgura los requisitos establecidos para su incorporación al conjunto de los académicos.

Un rasgo inseparable de toda su actividad es la condición de Profesor Titular de Geografía, con destino en la Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades de la Universidad de Castilla-La Mancha. "¡Otro profesor más en la RACAL¡", dirán algunos que no son profesores. Que nadie trate de encontrar cinco pies al gato en estas palabras, como diría Covarrubias. Conforman únicamente un guiño afectuoso de consumo interior, que entenderán sin acritud aquellos a los que va dirigido. Me conceden la oportunidad de efectuar una alabanza de los profesores, y en particular de los universitarios, vista la condición profesional de nuestro nuevo académico. Y me obligan asimismo a subrayar la importancia de la implantación de una Universidad propia en Castilla-La Mancha, con el campus universitario correspondiente en la ciudad de Cuenca. Creo que, en lo que toca a las consecuencias que ha tenido y debe alcanzar en la investigación, es un fenómeno sobre el que no se ha reflexionado en demasía.

La presencia de la Universidad en nuestra ciudad ha hecho cambiar las cosas durante las últimas décadas en diferentes sectores. Si se me permite ejemplificar con la materia de conocimiento que más conozco, quedan lejanos los tiempos en que se hacía necesario reclamar la presencia de profesores foráneos para poner en marcha una exposición, elaborar un catálogo o, simplemente, enseñar el valor preciso de lo que se desdeñaba por simple desconocimiento. Me vienen a la mente los nombres de Fernando Chueca Goitia, Diego Angulo Íñiguez o Alfonso Pérez Sánchez, entre otros que pudieran citarse. Los eruditos provinciales del pasado efectuaron en determinados casos una labor benéfica y encomiable porque, ante la indiferencia de la mayoría, fueron los únicos en defender la cultura y el patrimonio de estas tierras. Pero, sin una formación específica, escribían con excesiva frecuencia sobre cualquier materia, ya fuese literatura, historia, arte o cualquier otra rama del saber. Ello lastraba el alcance de su trabajo, que se limitaba por lo general a recrear lo que otros habían aportado. En lo que toca a la investigación puntera, como signo de nuestra época, es la hora de los especialistas, con sólida formación en su disciplina particular y conocimientos adecuados en las materias complemen-

tarias que precisan para desarrollar su labor. En contra de lo que se suele creer, el investigador no es un erudito porque lo que le importa de verdad es profundizar en el saber, abrir senderos al conocimiento y orillar caminos trillados. Es lo único que nos permite avanzar.

Joaquín García Marchante es un investigador, no un erudito, y bien claro nos lo ha dejado en su discurso. La propuesta planteada por él ha consistido en un itinerario reflexivo por el espacio provincial de Cuenca, con la originalidad de sobrepasar la delimitación tradicional de las tres comarcas naturales, definiendo nuevos ámbitos con personalidad geográfica contrastada: la Manchuela y las denominadas tierras de transición, ni alcarreñas ni manchegas, ubicadas en el perímetro entre Tarancón, Belmonte y Alarcón. En mi contestación al discurso de ingreso que acaba de pronunciar, acompañaré su disertación con algunas reflexiones personales, en paralelo, provenientes de mi específica disciplina de conocimiento.

Joaquín es serrano de convicción, pero de origen y militancia manchegos ya que, como el mismo se ha ocupado de recordar, nació en El Provencio. La Mancha, pues, ha sido el punto de arranque de su itinerario geográfico. Dejando aparte la contrastada riqueza patrimonial de los pueblos y la presencia de algunos humedales, acepta que escritores como Azorín, al hablar de estas tierras, solo hagan referencia a los caminos polvorientos. La valoración del paisaje manchego, en el contexto general de la Meseta, se beneficiaría sin duda de esa gran aportación estética de los noventayochistas que fue el descubrimiento del paisaje castellano, obsesionados como estaban por el nexo figura-naturaleza en el simbolismo del ser de Castilla. Pero al subrayar ese descubrimiento debe aludirse inicialmente a la literatura, porque el arte lo incorpora más tarde. Se da también el caso de que la Mancha conquense no ha tenido la fortuna de contar con pintores que reflejaran sus paisajes en fecha temprana; por ejemplo, la que tuvo la vecina Ciudad Real con maestros como Antonio López Torres, que recogió a la postre frutos tardíos de la Generación del 98.

No olvida Joaquín aludir a Cervantes y su *Quijote*, porque es la seña de identidad cultural inevitable de la comarca y la región entera. Con tantas ediciones de la obra a lo largo de siglos, hubiera sido una buena ocasión para que los ilustradores de la célebre novela captaran tempranamente los ambientes naturales donde tenían lugar las aventuras del personaje. Pero ninguno de

ellos pudo adelantarse a su tiempo. Hubo que esperar al último tercio del siglo XIX, cuando tuvo lugar la revolución pictórica de Mariano Fortuny, con su búsqueda de la luz meseteña y meridional a través de efectos solares tomados siempre a pleno día. Son muy representativas las numerosas creaciones sobre los personajes cervantinos del maestro malagueño José Moreno Carbonero, como *El encuentro de Sancho con el rucio*. Los críticos de la época valoraban en este tipo de obras su originalidad al interpretar -y cito sus palabras- "la plena luz de los abrasados campos de Castilla"; destacando el naturalismo de la representación, con extrema fidelidad en el ambiente, la luz y los detalles. Resulta llamativo el sentido de la realidad que nos ofrece el pintor en este fragmento polvoriento de la Mancha, antitético de los paisajes dramáticos y románticos -esto es idealizados- de Gustavo Doré, el más célebre de los ilustradores del *Quijote*.

La precisa delimitación territorial de la Alcarria conquense es uno de los empeños más queridos de nuestro nuevo académico. De su mano descubrimos cómo los caracteres morfológicos típicos de esta circunscripción saltan la autovía de Cuenca a Toledo, y alcanzan municipios situados tan al sur como Zafra, Palomares del Campo y Montalvo. La descripción de la comarca en sus diversos aspectos, desde las formas del relieve a la vegetación y los cultivos, incluye algún reproche oportuno como el que atañe a las discutibles repoblaciones con especies alóctonas, en vez de favorecer las autóctonas. Ello apunta al respeto que merecen paisajes que en absoluto tienen que ser supuestamente singulares, sino ejemplos colmados de las tipologías que representan. Los sugestivos párrafos que retratan esta geografía tan austera y entrañable incorporan algún consejo útil para quienes deseen disfrutarla, como es el de contemplarla después de haber llovido, cuando los variados colores del roquedo se intensifican y alcanzan el ápice de sus tonalidades.

Es esta variedad cromática, en una naturaleza esencial y solo aparentemente pobre, lo que explica el éxito que alcanza como motivo inspirador de tantos pintores. He escrito en alguna ocasión que el paisaje alcarreño me parece, desde el punto de vista estético, el más hondo y sugestivo de toda la provincia. Pero su percepción resultó imposible hasta la llegada de la Generación del 98. Solo entonces pudieron refutarse los prejuicios que valoraban en exclusividad, como dignas de ser llevadas al lienzo, las orillas de los ríos con

sus bosques-galería y los escenarios de montaña con verdes prados y arbolado. En lo que toca a Cuenca, hay que valorar en la tercera década del siglo XX las precoces aportaciones pictóricas de Fausto Culebras, que era natural de un pueblo tan alcarreño como Gascueña. Muy tempranas son asimismo las aportaciones de Cirilo Martínez Novillo, miembro de la escuela de Madrid (donde había nacido, pero cuyos padres provenían de la citada comarca conquense). Otros pintores siguieron de inmediato ese camino de pintar la Alcarria, y algunos pertenecen a esta Academia, como Oscar Pinar y Víctor de la Vega.

Nada se presta más a la exaltación de los colores y las texturas del arte de nuestro tiempo que los paisajes de la Alcarria. Sirva de ejemplo *Campos de Mazarulleque* de Oscar Pinar, uno de los artistas que más se ha inspirado en las infinitas ondulaciones existentes entre las sierras de Altomira y Bascuñana. Los cuadros alcarreños significan una de las contribuciones más valiosas de nuestro compañero de la Academia. En cada uno de ellos, Óscar se aleja de los infinitos oros y verdes de las orillas del Júcar y se adentra en los caminos de esta otra geografía, áspera pero también seductora. Y alcanza tal vez su clímax estético al otorgarles coloración, entre ocres, pardos y amarillos, a las polícromas y desnudas laderas de los páramos.

Tratando de provocar la sorpresa en más de uno, quiero bucear en los orígenes pictóricos y poner de relieve los primeros paisajes datados de nuestra Alcarria. Pintados hacia 1826, su autor fue el artista italiano Fernando Brambilla. Nada tuvieron que ver con un deseo altruista de exaltar panorámicas de la comarca, sino con un encargo regio. Pintor de Fernando VII, Brambilla ejecutó por mandato del rey, desde 1821, una serie de vistas de los reales sitios de la monarquía española. José Luis Sancho ha estudiado todo el ciclo globalmente. Entre esos lugares reales, con Aranjuez, San Ildefonso, El Escorial, Madrid y Solán de Cabras (al que luego nos referiremos), contaba el de la Isabela, en la misma raya de las actuales provincias de Cuenca y Guadalajara, a orillas del río Guadiela. La Isabela, titulada así en honor de la reina Isabel de Braganza, fue fundada como real sitio por Fernando VII, siguiendo el modelo carolino de nueva población tan caro al urbanismo ilustrado. Desafortunadamente, desde hace algo más de medio siglo se encuentra sepultada bajo las aguas del embalse de Buendía y solo afloran sus ruinas, en épocas de sequía, como una especie de Pompeya acuática que nos recuerda lo que una vez existió.

De las tres vistas de la Isabela, dos destacan de manera particular, tomadas desde la margen izquierda del Guadiela. Brambilla realizó los bocetos de la primera de ellas, *Vista de la nueva población llamada la Isabela y de los baños* (68 por 105 centímetros, palacio de la Zarzuela), desde las laderas del cerro de Santaver, donde se encuentra el yacimiento de la ciudad romana de Ercávica. Habitados los primeros términos por personajes populares y escenas pintorescas, la nueva población, dominada por el palacio real que trazara el arquitecto Antonio López Aguado, corona la loma que observamos a la derecha. El puente sobre el Guadiela, junto al que se afanan algunas lavanderas, permitía el tránsito entre los pueblos de la margen izquierda y Sacedón. La cuerda montañosa del fondo, envuelta por la calina veraniega, marca las alineaciones que cierran la sierra de Altomira y ciñen las aguas del embalse de Bolarque, situado detrás de ellas. El cuadro constituye toda una revelación pictórica de la Alcarria, con la desnudez de los cerros y el arbolado que se refugia en las orillas del río. El innegable sentido de la realidad que desprende se envuelve a su vez, como una especie de Arcadia feliz, con los ropajes prestigiosos del paisaje clasicista italiano, establecidos a principios del siglo XVII por Annibale Carracci.

En el otro cuadro, *Vista de la nueva población llamada la Isabela tomada por la parte de Levante* (68 por 105 centímetros, palacio de la Zarzuela), sorprende también la amplitud que alcanza la naturaleza como tal en relación con los elementos propiamente arquitectónicos. El río Guadiela, que vendría desde el fondo donde se ven arbolillos de ribera, no llega a ser visible pero se encuentra ahí, junto a la maderada de pinos del ángulo inferior derecho y oculto tras la loma del primer término. Han sido identificados los distintos edificios presentes en la panorámica. Junto a los troncos se encontraría la antigua casa de baños, mandada reparar por el infante don Antonio antes de 1817; y a la izquierda, cercana, la ermita de San Antonio que dispuso construir este mismo personaje. A media distancia, emerge sobre la loma próxima al río la nueva población reticular de la Isabela, señoreada por el palacio real. Con las manzanas de casas, se identifican otros elementos arquitectónicos como el arco de entrada a la población y algún cuartel de guardias de corps, así como las huertas y los jardines reales. Algo ennegrecida la atmósfera por el humo espeso del tejar emplazado en el montículo del primer término, Brambilla nos

ofrece de nuevo una precisa representación de la geografía alcarreña en época veraniega. Reconocemos los cerros del fondo, de derecha a izquierda, como el Puntal del Soldado y el Castro de Santaver. Por la hondonada visible entre ambas colinas vendría desde la zona de Cañaveras el camino que, tras cruzar el Guadiela por el puente visible en la otra panorámica, llegaba hasta Sacedón.

Y arribamos a la Serranía, que tan bien conoce Joaquín después de estudiarla durante tantos años. A esta comarca le ha dedicado uno de sus libros más importantes, *La economía forestal del Ayuntamiento de Cuenca*, que es la tesis doctoral que presentó en la Universidad Autónoma de Madrid hace casi treinta años, y que publicó de inmediato la Diputación Provincial. El detenido itinerario que acaba de ofrecernos en su discurso ha partido de la depresión de Mariana (el Campichuelo), a la que también le dedicó en 1992 el libro *Organización y aprovechamiento de un espacio rural: la depresión Cañamares-Mariana*, escrito en colaboración con su esposa Cristina, y publicado asimismo por la Diputación. Con la acertada metodología descriptiva por él elegida, que funde por partes iguales rigor científico y lirismo, Joaquín sobrevuela la Serranía en un extenso trayecto desde la cubeta del Campichuelo a la depresión periférica de Fuentes; el gran valle triásico del Tobar; el de la Vega del Codorno; el alargado surco entre Tragacete y Valdemeca, así como el muy similar existente entre Salinas del Manzano y Cañete. Sin olvidar el excepcional afloramiento de materiales primarios en el entorno del mirador de Boniches, totalmente distinto al ámbito secundario omnipresente en la Serranía, y que nuestro geógrafo califica como "un extraordinario referente geológico, geográfico y paisajístico". Y naturalmente el maravilloso mundo del karst, con muestras que, en conjunto, no encuentran parangón dentro de nuestro país: cañones, dolinas secas, dolinas con agua, ciudades encantadas y otras múltiples manifestaciones del relieve calcáreo. Precisamente a la más célebre de ellas, la Ciudad Encantada de la mesa de Valdecabras, le ha dedicado una atención preferente, que incluye una guía publicada hace años en colaboración, una vez más, con su esposa Cristina.

Cierra esta suerte de excursión geográfica, como no podría ser de otra manera, la propia capital de la provincia. Joaquín califica la ciudad de Cuenca como la más hermosa ciudad paisaje del mundo, paradigma de la hermandad del ámbito urbano con su entorno natural, con espacios abiertos casi ilimitados

de altísima calidad ecológica. Evoca las descripciones literarias de algunos viajeros que la han visitado durante los últimos siglos, resaltando a partir de ellas las mil perspectivas de una ciudad que nunca puede llegar a aprehenderse visual y espiritualmente de una sola vez, sino que exige múltiples desplazamientos en todas direcciones y tanto desde dentro como desde afuera.

Son testigos del fenómeno los pintores que, durante el último milenio, han trasladado al caballete los infinitos matices de este complejo poliedro edificado que es Cuenca, desde Van den Wyngaerde a los numerosos artistas de la escuela de Madrid y otros locales que la han tomado como motivo de inspiración. Pero no quiero detenerme en este asunto, que exigiría un análisis excesivamente prolijo, sino efectuar algunas consideraciones sobre el tema particular de la Serranía. Los paisajes montañosos fueron privilegiados por los pintores desde el siglo XVI en adelante, y especialmente queridos por los maestros del Romanticismo. Cuando a mediados del siglo XIX se lanzaron al campo los jóvenes artistas españoles para trabajar al aire libre, buscaron las montañas en un impulso todavía romántico. Escribe a este respecto en sus memorias el paisajista madrileño Martín Rico: "entonces creíamos los jóvenes que cuanto más lejos se iba y más alto se subía eran mejores los paisajes". El profesor García Marchante nos ha recordado la gran cantidad de vistas y rincones de gran belleza con que cuenta la Serranía de Cuenca; cabe anotar al margen los numerosos encuadres pictóricos que podrían haber propiciado.

No sucedió así, sin embargo. El nutrido catálogo de cuadros de la ciudad de Cuenca y de su entorno natural no encuentra paralelo alguno en el resto de la comarca. Aunque recordemos ciertas obras de mediados del siglo pasado que posee el ayuntamiento de Cuenca, como *Laguna de Uña* de Quesada y ciertos óleos de Pérez de Castro sobre la Ciudad Encantada, y añadamos piezas de otros pintores de esa época, constituyen excepciones a una norma que discurre en otra dirección. Dejo fuera los paisajes más recientes que se hayan podido realizar y los que representan vistas específicas de pueblos.

En busca de una explicación, se me ocurre pensar si el prestigio de Cuenca como meta pictórica no alzó un dique contrario al peregrinaje de los artistas por los cañones y los valles serranos. Cuenca no es solo una ciudad en el paisaje, también posee un llamativo entorno montañoso con valores propios en las hoces de los ríos Júcar y Huécar, representativas como las que más de la

propia Serranía. Pintores locales y foráneos han encontrado así una completa oferta pictórica, fuera en la ciudad misma, en las cornisas urbanas que dan a las hoces o, exclusivamente, en las gargantas abruptas de ambos ríos. Este último escenario natural, que ahora nos interesa de manera particular, cuenta ya con un pequeño catálogo de obras en el siglo XIX, pero su máximo desarrollo corresponde a las décadas centrales del siglo XX. El caso de Fausto Culebras es muy representativo, tras su establecimiento en Cuenca en 1933 como Profesor de la Escuela de Artes y Oficios. Llama la atención su rechazo de la parte alta como motivo pictórico, cuando precisamente estaba más de moda. "Las casucas y, en general, la ciudad vieja me gusta menos que las hoces y sus piedras. El paisaje urbano es más socorrido", declara en una entrevista. Lo prueban sus numerosos óleos y dibujos de la hoz del Huécar. Si hay un pintor que haya seguido en este aspecto concreto las preferencias de Fausto ha sido Víctor de la Vega, aunque con una visión diferente: al concepto pictórico sutil y evanescente del maestro de Gascueña, opone formas rotundas, iluminación contrastada y colores menos encubiertos.

Al igual que sucede con la Alcarria, la Serranía se ve representada en fecha temprana por la sorprendente condición de un determinado paraje como sitio real. Hablamos de Solán de Cabras y, de nuevo, del pincel de Fernando Brambilla. Como nos recuerda José Luis Sancho, Solán fue nombrado real sitio por Carlos IV en 1790, a instancias de su ministro de hacienda Pedro Fernández de Lerena. Anteriormente, Lerena había vivido en Cuenca. En 1775 cayó enfermo, y parece que encontró su curación en el célebre manantial serrano. Luego, agradecido, construyó unos baños y una hospedería, terminados antes de 1787. Buscando la fertilidad de la reina, Fernando VII y María Amalia de Sajonia moraron allí durante el mes de julio de 1826, que es cuando Fernando Brambilla tomaría los bocetos para los dos paisajes que ejecutó del lugar. La vista canónica lleva por título *Vista de Solán de Cabras, tomada de la cercanía de la casa de SS. MM. que mira á el mirador* (66,5 por 104 centímetros, palacio de La Quinta). Aparece figurado el propio rey en segundo término y en el margen izquierdo, de pie y en actitud contemplativa, acompañado por dos cortesanos. La construcción de madera situada a sus espaldas ha sido identificada con esa "casa de sus majestades" aludida en el rótulo del cuadro, pero en mi opinión no sería sino una más de las distintas cabañas de

los primeros planos. La edificación apuntada en el título de la obra no sería otra que la morada cuadrangular de más empaque situada cuesta abajo, detrás de los alargados barracones de madera que albergaban a los pacientes del balneario. Delante de otra cabaña pero ya en primer plano, se autorretrataría el propio pintor sentado y en actitud de dibujar, rodeado por tres personajes, del que uno podría ser el infante don Carlos. La vista está tomada desde una cierta altura del complejo, en la margen izquierda del río Cuervo. La pintoresca perspectiva del valle deja ver a la derecha las crestas del puntal de la Cruz y, a la izquierda, los espolones rocosos que descienden hacia el llamado mirador de la Reina. El edificio de fábrica hacia el que transitan varios paseantes debe de ser la casa de baños construida asimismo por Fernández de Lerena, que se encontraba a menos de un centenar de metros de la casa principal, como recoge con fidelidad la panorámica.

El otro cuadro lleva por título el escueto letrero *Vista de Solán de Cabras* (66 por 103 centímetros, palacio real de Madrid). Sorprende porque es un paisaje puro, de plena naturaleza, sin el argumento justificativo del complejo edificado del balneario. Ello le otorga una singularidad en el conjunto de las vistas de los sitios reales de Brambilla. No falta la nota romántica en el contraste entre las grandiosas cinglas calizas y las minúsculas figuritas que contemplan admiradas el escenario que se abre ante sus ojos. Por comparación, este grupo humano, en el que se ha querido identificar a la propia real pareja, sobredimensiona el caudal del modesto Cuervo, que alcanza proporciones de río alpino. Se tienen noticias fidedignas de la admiración que sintieron los reyes hacia el valle de Solán de Cabras, ya que propició por parte de María Amalia de Sajonia unos versos en su alabanza. De esa admiración surgieron sin duda los cuadros de Brambilla, y en particular el que ahora comentamos.

Es la misma fascinación que sentimos nosotros en cada visita a este y a otros tantos rincones de la extensa comarca serrana conquense. Y es la que, con competencia y lirismo, ha movido el discurso de Joaquín García Marchante. De la predilección que siente por estas tierras, y de su entrada con pie firme en la Academia, constituye buena prueba la propuesta que nos acaba de exponer para que, desde la propia RACAL, se inicie el expediente de solicitud a la UNESCO, como Patrimonio de la Humanidad, de los originales y espléndidos parajes kársticos que puntean la Serranía de Cuenca. Estoy convencido

de que esta importante sugerencia abre por su parte una línea de contribuciones, con esfuerzo y confianza, en beneficio de la cultura conquense desde el seno de nuestra corporación. Por ello, exhorto a nuestro nuevo académico a perseverar en una labor tan fructífera y necesaria como es la suya, y me sumo a la bienvenida que sin reserva alguna le ofrece la Real Academia Conquense de Artes y Letras.

Muchas gracias